

siempre en los movimientos revolucionarios, ejerciendo así una influencia enorme en la marcha política del país.

Fué Iturbide, pudiéramos decir, el primer jefe mexicano de importancia que, al abandonar sus banderas, llevó a término una revolución, la revolución de Independencia, no sin que antes varios jefes, cuyas biografías aparecen hoy, hubieran cambiado las armas españolas por las que sostenían los defensores de la Independencia Nacional; y tras de Iturbide, indispensable es mencionar desde luego a Negrete, a Bustamante, a Barragán, a Pedraza.

Se explica, sin embargo, la actitud de aquellos jefes, porque por una parte todos ellos deben haber sentido el estímulo de cumplir con el deber impuesto a todo militar por la autoridad constituída, de que el Ejército forma parte; pero al mismo tiempo era imposible que algunos de aquellos hombres dejaran de sentir el anhelo, tal vez pudiéramos decir, inherente a los seres humanos: la independencia. El adolescente ansía porque llegue el momento en que la ley lo considere mayor de edad, no por otro motivo que por sentirse libre e independiente de la tutela paterna; el prisionero busca todos los medios a su alcance para evadirse de su prisión y recobrar su libertad perdida; y durante la cruenta lucha que en esta parte del continente americano se sostuvo por tanto tiempo para romper las ligas políticas con España, los oficiales, los jefes que sostenían la causa de aquel vasto Imperio, debieron sentirse movidos por un doble sentimiento: el de la libertad, y el del deber de morir defendiendo sus banderas; la obligación de dominar y vencer a los rebeldes, y la ansiedad de ayudar a quienes con tanto denuedo luchaban por hacerse libres.

Y este último sentimiento debe haber sido más fuerte, sin duda alguna, entre los criollos, aun cuando españoles había, como Negrete, que estaban arraigados ya profundamente en este país y era natural que sintieran esas vacilaciones y aca-



baran por abandonar a los opresores e hicieran causa común con los oprimidos.

De cualquier modo que sea, el célebre plan de Iguala fué el primer plan revolucionario formulado por un alto jefe del Ejército, y tras de él, muchos otros habían de venir en lo futuro.

La independencia se hizo, y en recompensa de sus trabajos revolucionarios, Iturbide recibió una corona, no sin haber combatido en pro de la libertad con tanto ardimiento como antes lo había hecho en contra de ella.

Sin embargo, bien efímero había de ser el tiempo durante el cual las ambiciones personales, o por lo menos los descontentos políticos habían de estar acallados, toda vez que aún antes de que se formara el Congreso Constitutivo, surgía la primera conspiración en contra de Iturbide y se encontraban entre los descontentos y entre los conspiradores, Jefes tan conspicuos como Bravo y Barragán, Victoria y Guerrero; los manejos torcidos comenzaron a encontrar terreno firme, y Coronel hubo que en una de las reuniones masónicas del rito escocés al que pertenecían multitud de Jefes, declaró, según asegura un testigo presencial, "que si faltaban puñales para libertarse del tirano (Iturbide), ofrecía su brazo vengador a la Patria."<sup>1</sup>

Pronto habían de surgir de tal estado de cosas, las necesarias divisiones en el Ejército, y así vemos entre los Iturbidistas a D. Anastasio Bustamante y a D. Antonio Andrade, a D. Luis Quintanar y a D. Manuel Sota Riva, a D. Zenón Fernández y a D. Manuel Rincón y a su hermano D. José, a D. Francisco Calderón y a D. Antonio López de Santa-Anna, a D. Luis Cortazar y a D. Vicente Filisola; y afiliados al partido que se oponía al Emperador; a D. Miguel Barragán y a D. Juan Orbegoso, a D. Guadalupe Victoria y a D. Pedro Celestino

<sup>1</sup> Zavala.—Ensayo histórico de las revoluciones de México. Vol. I, pág. 108.

Negrete, a D. José Morán y a D. Nicolás Bravo, a D. Vicente Guerrero y a D. Joaquín Parres, independientemente de algunos otros oficiales de menor categoría, no obstante que entre los últimos había algunos, como Negrete y Guerrero y Bravo, a quienes Iturbide prodigaba todo género de consideraciones y algunos como Echávarri, que eran amigos íntimos suyos; bien que no todos estos jefes mostraban su desafecto de una manera ostensible.

Tales divisiones trajeron consigo la caída de Iturbide y una nueva intervención en los movimientos meramente políticos del país, por parte de los altos Jefes del Ejército.

¿Cómo surgió el segundo movimiento revolucionario, si consideramos como el primero el llevado a término por Iturbide mediante el Plan de Iguala? Dejemos que sea el mismo Emperador el que nos refiera los hechos: "En esta época, dice, el Imperio estaba tranquilo y el Gobierno se ocupaba activamente en consolidar la prosperidad pública. Todas nuestras disensiones interiores habían cesado. Nos quedaba únicamente que ganar el Castillo de San Juan de Ulúa, único punto que permanecía tal vez en poder de los españoles y que dominaba la plaza de Veracruz. La guarnición de este Castillo era reforzada frecuentemente por tropas de la Habana, y con motivo de la proximidad de la Isla de Cuba, ofrecía todas las ventajas posibles a un enemigo exterior; mandaba en la plaza y Provincia de Veracruz el Brigadier D. Antonio López de Santa-Anna, bajo las órdenes de Echávarri, que era el Capitán General. Ambos tenían instrucciones relativas a la toma del Castillo de Ulúa. Esto produjo alguna desavenencia entre los dos Jefes, con motivo de disputas sobre autoridad. La animosidad llegó a tal grado, que Santa-Anna intentó hacer asesinar a Echávarri en una salida que hicieron los españoles, y había tomado sus medidas tan exactamente, que Echávarri declaró haber debido la vida al valor denodado de una docena de soldados y al terror que se apoderó de los que



le atacaron. En consecuencia de esto, y de quejas reiteradas que se habían dirigido contra Santa-Anna por el Capitán General, la Diputación Provincial, el Consulado, un gran número de habitantes y el Teniente Coronel, así como varios oficiales de su Cuerpo, reclamando todos contra su conducta arrogante y actos arbitrarios, me vi en la necesidad de retirarle del mando. Yo se lo había confiado porque era valiente, cualidad que estimo siempre en un militar, esperando, además, que el rango a que yo lo elevaba contribuiría a corregirle de las faltas que yo ignoraba. Esperaba también que la experiencia y el deseo de no disgustarme le harían más racional. Le había confirmado en el grado de Teniente Coronel que el último Virrey le concedió por una equivocación; le di la Cruz de la Orden de Guadalupe, le conferí el mando de uno de los mejores Regimientos del Ejército, el Gobierno de una de las plazas más importantes y últimamente le hice Jefe de la Provincia y General de Brigada. Siempre le había yo distinguido y no quería deshonrarle en esta ocasión. Ordené al Ministro de la Guerra que redactase la orden de su remoción, en términos honoríficos acompañando otra orden para que pasase a la Corte en donde se le daría una comisión importante: nada de esto fué bastante para reprimir sus pasiones volcánicas. Lo primero que hizo fué ofender gravemente al que lo había colmado de favores, y procuró buscar los medios para vengarse de la desgracia que se había merecido. Corrió a Veracruz para provocar una explosión; aún no había llegado a aquella plaza la noticia de su destitución. Veracruz era una ciudad habitada en su mayor parte por españoles que ejercían una influencia considerable por sus riquezas; eran enemigos encarnizados de la independencia del país, porque con aquella terminaba el comercio exclusivo que fué por tanto tiempo el origen de su opulencia, con perjuicio de las otras naciones y de los mexicanos mismos, a los que vendían sus mercancías al precio que les acomodaba. En esta plaza fué

en donde Santa-Anna proclamó la República. Sedujo a los oficiales ofreciéndoles ascensos, hizo promesas de dinero a la guarnición, sorprendió a una parte respetable de los habitantes, e intimó a los pueblos cercanos de Alvarado y la Antigua y los habitantes de color de los puntos adyacentes. Tentó sorprender la villa de Jalapa; pero fué derrotado con total pérdida de artillería e infantería, y perseguido en su caballería que debió su salvación a la velocidad de sus caballos mientras que Santa-Anna atacaba a Jalapa, las villas de Alvarado y la Antigua se sometieron al gobierno.

“Era el momento de sofocar la rebelión y castigar a este traidor. Los Generales Echávarri y Cortazar que mandaban fuertes divisiones y habían recibido órdenes para perseguirle, hubieran podido tomar la plaza de Veracruz sin disparar un tiro, y colocándose entre esta plaza y Santa-Anna, hacer prisionero al resto de su caballería. Pero nada de esto hicieron.”<sup>1</sup>

Los partidos republicanos surgieron en seguida; y si bien es cierto que para el éxito de aquel movimiento Iturbide mismo cooperó por no haber privado oportunamente del mando a Jefes como Echávarri y al General D. José Morán, enemigo suyo encarnizado que a la sazón era comandante general de Puebla, no lo es menos que encabezados los movimientos por Jefes como Victoria, Guerrero, Bravo, Santa-Anna y muchos otros que creyeron que había llegado el momento de derrocar a Iturbide, éste iba a verse en inminente peligro, y así aconteció en efecto.

Como era natural que sucediera, los signatarios del célebre Plan de Casa de Mata declararon que no buscaban otra cosa que el bien de la nación, toda vez que en la primera de las cláusulas de aquel documento se decía que: como ninguno podría dudar que la soberanía reside esencialmente en la nación, se integraría el congreso tan pronto como fuera posible;

<sup>1</sup> Zavala. Op. cit. págs. 151 y 152.



y en la cláusula 6.<sup>a</sup> se agregaba que, “los Jefes, Oficiales y soldados que no estuvieran dispuestos a sacrificar su vida por el bien de la Patria podrían retirarse con libertad.”

A fin de dar a estos convenios mejor apariencia todavía, los Jefes militares que lo subscribieron agregaron en el Capítulo XI: “El Ejército no atentará jamás contra la vida del Emperador, porque lo considera enteramente adicto a la representación nacional;” pero añadían en seguida: “El Ejército tomará sus cuarteles en las villas o lugares que exijan las circunstancias, no pudiendo disolverse bajo ningún pretexto sin consentimiento del Soberano Congreso, porque es el único apoyo con que el Congreso puede contar para la libertad de sus deliberaciones.” Bravo y Guerrero no formaron parte del grupo de jefes que firmaron aquella acta, más por su cuenta combatieron también el Emperador Iturbide; y poco después de aquellos días Negrete, que antes había abandonado las banderas de España para acogerse a las de la Independencia, dejaba las del Emperador para unirse a los republicanos. Desde entonces, los planes revolucionarios y las infidencias habían de repetirse muchas veces.

Castillo Negrete, con muy buen juicio, asegura que “por poco que se medite sobre el curso de la revolución que hizo bajar del trono imperial a Iturbide, se encontrará en ella una notable semejanza con la que él mismo comenzó dos años antes en Iguala;” y añade: “En ésta, Iturbide faltando a la confianza que el Conde del Venadito había depositado en él, entregándole el mando del Distrito del Sur y encargándole la conducción de caudales de Acapulco, vuelve contra el gobierno las tropas que éste le había dado y se hace dueño del dinero que había puesto a su custodia: en aquélla, Santa-Anna se apodera de la plaza de que era gobernador, y Echávarri, el amigo de quien Iturbide tenía más seguridad, proclama el plan de Casa Mata al frente de las tropas destinadas a reprimir la sedición. En este plan se protesta, que nada se intenta con-



*José Antonio de  
Echávarri*



tra la persona del emperador, como en el de Iguala se proclamaba el nombre de Fernando VII. Iturbide, como emperador, emplea para contener el movimiento los mismos medios que el Virrey Apodaca había usado contra él como jefe de revolución, y en uno y otro caso estos medios son infructuosos: en uno y otro caso la revolución se propaga rápidamente, declarándose por ella aquellas mismas diputaciones provinciales, aquellos jefes militares que acababan de hacer protestas al parecer sinceras de su fidelidad, y en breve la autoridad del emperador no es reconocida más que en el recinto de la capital; la desertión es la misma, iguales los medios de seducción que se emplearon contra la dominación española y contra la autoridad imperial, y el emperador es precipitado del trono al cabo de diez meses de ocuparlo, por efecto de sus propios desaciertos y del mismo espíritu de novedad que hicieron desplomarse un dominio consolidado por la duración de tres siglos. Nada a la verdad, continúa, contribuyó tanto a la ruina del gobierno imperial como la falta de recursos pecuniarios, los consejos desacertados de las personas que influían sobre Iturbide, el disgusto que sus providencias habían causado en la clase más respetable de la sociedad, y sobre todo, su elevación al trono y el ensalzamiento de su familia; pero el instrumento de su ruina fué la falta de fidelidad del ejército de que él mismo le dió el ejemplo: la lección había sido demasiado bien señalada, para que no fuese bien aprendida y para que no sirviese de funesto antecedente para lo venidero. . . .”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Castillo Negrete. México en el Siglo XIX. Vol. XIV p. 49.



\* \* \*

Respecto de los nuevos republicanos, es necesario repetir que, como era de esperarse, encontraron razones bastantes para justificar su actitud; pero debemos agregar que los revolucionarios siempre han hallado razones en qué fundar sus movimientos subversivos.

Los defensores del sistema republicano sintiéronse ilusionados por las auras de felicidad que hasta aquí llegaban de la vecina República; y era natural que desearan que la participación en el gobierno por parte de cada uno de los que habían cooperado más o menos para obtener la independencia nacional, fuera más amplia, más directa y más pronta, que como lo podía ser en una monarquía; es decir, que los nuevos revolucionarios buscaban sin duda alguna la satisfacción de intereses personales más, seguramente, que el bienestar del país.

Desgraciadamente los revolucionarios de todas las épocas han visto antes que nada y primero que nada, la manera de llenar sus aspiraciones personales, de saciar sus odios, de realizar sus venganzas; y como si con los colores de la verdad, que en este caso serían negros, escribieran sus planes y redactaran sus programas, habría quien los siguiera, pero más fácilmente quedarían sujetos a la execración pública, buscan siempre para escudarse, el santo nombre de la Patria, y proclaman a voz en cuello que es la salvación suya lo que buscan, que es su prosperidad lo que anhelan; incitan a la destrucción de sus enemigos y su perdición procuran, pero no manifestando claramente que son sus pasiones y sus concupiscencias las que los mueven a realizar tales aniquilamientos, sino que declaran a tales enemigos reos de alta traición, autores de los más nefandos crímenes, conculcadores de las libertades y destructores de las garantías, a fin de lograr así nuevos adeptos que los

ayuden en la realización de sus fines egoístas. No siempre los que se lanzan por el camino de las revoluciones pueden verse libres de la lepra que pretenden mostrar en sus contrarios; porque aquellos han incurrido en las mismas faltas que condenan, o lo que es peor, para borrar los crímenes que repudian, incurren tales libertadores en crímenes quizá más espantosos todavía.

Pudieran estas ideas juzgarse erróneas si más tan sólo fueran, pero justo es decir que pensadores distinguidísimos han sostenido teorías iguales mucho antes que yo. Entre los hombres más conspicuos que México ha producido, y al que todavía hoy con justa razón se le considera como a una de las glorias intelectuales mexicanas, el Dr. D. José María Luis Mora, había asentado estas verdades en un discurso sobre las conspiraciones:

“Siempre se ha pretextado, dice, la opresión de la multitud y la usurpación del poder en beneficio de los que mandan, para derrocarlos de sus puestos y elevarse sobre sus ruinas; pero jamás se ha hecho mérito de los inmensos padecimientos a que en semejante cambio queda sujeto ese mismo pueblo que se supone oprimido, y cuya suerte, dicen los conjurados, pretenden mejorar, aliviándolo del peso insoportable de una opresión pocas veces verdadera, siempre y en todo caso exagerada....”

Y en seguida agrega:

“.... Ellos pretenden, por las vías de hecho, o, lo que es lo mismo, por la violencia, que su voluntad prevalezca sobre la de toda la comunidad, y de esta manera destruyen el principio tutelar de todas las sociedades. Si con el especioso pretexto de que el gobierno que se intenta derribar es ilegal y opresor, y del que se quiere restablecer o constituir de nuevo, estará



más en conformidad con las leyes y será más justo, fuese permitido a cualquier particular trabajar en secreto para destruir la obra de todos, nada habría estable entre los hombres, no podría establecerse ningún orden en las sociedades humanas, y ningún derecho tendrían aun los gobiernos más legales para proceder contra los conspiradores. Estos siempre se atenderían a que el gobierno que intentan derribar y contra el que dirigen sus tiros, lo tienen por tiránico, violento e injusto, y sostendrían que, lejos de merecer el nombre de facciosos debían ser reputados como libertadores, pues que su pretensión no tenía otro objeto que redimir a sus conciudadanos de la esclavitud en que yacían.

“Por ventura, ¿ha habido hasta ahora una sola conspiración en que los conjurados hayan dejado de protestar que el objeto de sus maquinaciones es arrancar el poder y la autoridad pública de manos de los malos para trasladarlos a los de los buenos, destruir el imperio de la iniquidad para erigir el trono de la justicia, reformar abusos y establecer saludables innovaciones? Basta leer la alocución que Salustio pone en boca de Catilina, para convencerse que el lenguaje de todos los conspiradores, sin variación notable, ha sido el mismo en todos los tiempos y países, los mismos pretextos, y también, por lo común, las mismas aspiraciones y fines.”

Y después añade:

“Nadie puede ignorar lo que en semejantes casos alegan los conspiradores. Sostienen que el gobierno contra el que traman, no es obra de la mayoría; dicen que es obra de una facción, que por ella ha sido establecido; que el pueblo, en lo general, está indolente y apático, deja obrar, pero no aprueba; y que si se contasen individualmente los votos, sería mayor el número de los enemigos que el de los defensores del orden existente de cosas; de lo cual pretenden inferir que ellos son los únicos

y verdaderos intérpretes de la voluntad general. Así van discutiendo por todos los lugares comunes en que se apoya el peligrosísimo derecho de insurrección; se ponderan los defectos o faltas de la administración, se abulta o exagera el número de los disgustados, y como hasta ahora no ha habido gobierno que sea absolutamente perfecto, ni cambio verificado a contento de todos, se acaba por concluir que son justos los conatos y pretensiones de echar por tierra lo que existe.”<sup>1</sup>

No pueden ser más interesantes estas importantísimas ideas del Dr. Mora para juzgar de las conspiraciones, y aun cuando en este caso sus palabras tendían a defender al gobierno de sus amigos que también por medio de una revolución habían llegado al poder, es necesario decir que en otra ocasión, y con diverso motivo, había hecho constar cómo los jefes de los partidos revolucionarios apelan a todos los medios, aun cuando ellos sean reprobados, con tal de llegar al fin que se proponen.

Al hacer su notable estudio acerca de “México y sus Revoluciones” con gran valor y con gran probidad seguramente indicó los graves errores que se cometieron en virtud de los medios puestos en práctica durante la insurrección de independencia por los jefes de aquel movimiento, para incitar a las multitudes a que los siguieran.

He aquí las opiniones del Dr. Mora a este respecto:

“La revolución que estalló en septiembre de 1810, escribe, ha sido tan necesaria para la consecución de la independencia, como perniciosa y destructora del país. Los errores que ella propagó, las personas que tomaron parte o la dirigieron, su larga duración y los medios de que se echó mano para obtener el triunfo, todo ha contribuído a la destrucción de un país que

<sup>1</sup> García. Colección de Documentos para la historia de México. Vol. VI. pp. 227 y siguientes.



en tantos años, como desde entonces han pasado, no ha podido aún reponerse de las inmensas pérdidas que sufrió. Como la fuerza de un gobierno establecido y los hábitos de sumisión y obediencia, fortificadas por centenares de años, no podían hacerse desaparecer sino oponiendo al poder el número, era indispensable interesar en la revolución a las clases populares, lo cual en México *no podía conseguirse con el simple anuncio de bienes remotos y poco conocidos, ni de ideas abstractas sobre la justicia, utilidad y necesidad de la independencia. De aquí es que fué indispensable halagar las preocupaciones de la multitud y enardecer las pasiones populares, para obtener su cooperación.* La clase de los indígenas era muy numerosa en aquella época, y esto bastaba para que se solicitara hacerla del partido de la revolución, y el modo de conseguirlo estaba muy a la vista para que a nadie pudiese ocultarse. Las atrocidades de la conquista y la destrucción del antiguo sultanismo de los aztecas, era o se reputaba una desgracia, y el principio de los males que pesaban sobre los Indios. Este suceso, pues, al cual era debida la existencia de la colonia, se convirtió en un motivo de revolución, y se quiso deducir de ella la justicia de la independencia de un pueblo que nada tenía de común con la nación destruída ni con los derechos del antiguo sultán de Tenoxtitlán.

“Una multitud de personas con créditos de entendidas pero ciertamente de muy poca instrucción, se empeñaron en resucitar cuantas fábulas sobre grandeza, prosperidad e ilustración habían contado de los antiguos mexicanos, los que tenían interés en abultar el mérito y las dificultades de su conquista. Todo esto se hallaba calculado con el objeto primario, del cual se pretendía hacer el agente más poderoso de la revolución, a saber: del odio a los españoles, que desde el principio se apresuró a generalizar y convertir en un sentimiento popular. Este doble error, el capital de la revolución, se radicó tan profun-

damente, que aun existe todavía en la generalidad de los mexicanos, de modo que no se oye otra cosa en el vulgo de los que pasan por ilustrados, y en las producciones que se dan a luz por la prensa, que la barbarie de la conquista, los trescientos años de esclavitud y cadenas del pueblo mexicano, y otras frases semejantes que se repiten hasta el fastidio, con las que se mantiene el odio contra los españoles, la preocupación de que siempre están conspirando contra la independencia, y la de que ésta no puede estar segura mientras existan en México.

“Como los curas y los frailes eran los principales agentes de la revolución; y las masas, compuestas en su totalidad de gentes supersticiosas, eran los medios de acción, se procuró dar una especie de carácter religioso a lo que sólo debía tenerlo político, y se supuso que los españoles, contaminados por el contacto necesario en que se hallaban con los franceses, eran herejes y trataban de establecer el tolerantismo. Desde entonces se sancionó la intolerancia por las preocupaciones populares, y este error político, que tanto ha retrasado la prosperidad pública, aún se halla consagrado por las leyes, a pesar de lo mucho que ha perdido en la opinión nacional. Se estableció también por principio que los mexicanos, sólo por el hecho de serlo, tenían el derecho y la habilidad necesaria para desempeñar todos los puestos públicos, y la facultad de apoderarse de todos los bienes de los españoles, que se decían usurpados a sus legítimos dueños, los naturales del país. De esta manera sufrió el ataque más formidable el derecho de propiedad que es la base de toda asociación política, y se estableció el error perniciosísimo de que los extranjeros no vienen sino a quitar a los mexicanos lo que es suyo: error que aún subsiste en la masa del pueblo, que es el verdadero origen de la prohibición de ciertas importaciones o exportaciones, causa de los pocos progresos de la prosperidad pública, y que mantiene la



aversión a los extranjeros, la cual se ha explicado no pocas veces en robos y asesinatos.”<sup>1</sup>

No es, sin embargo, sólo el Dr. Mora quien ha puesto de resalto la falta de honradez que suele existir de parte de los revolucionarios, cuando pretenden siempre que sólo buscan la salvación del país.

D. Lorenzo de Zavala, a quien yo he considerado y considero traidor a su país, cuando se unió a los texanos para obtener la separación de aquella provincia de nuestra República, merece, sin embargo, todos mis respetos como pensador y como escritor; y no soy yo sólo, ¡qué iba a ser! quien así lo juzga, sino la mayoría seguramente de los hombres cultos en México que son conocedores de sus talentos. Pues bien, Zavala expresa idénticas teorías; y para que no pueda dudarse de la imparcialidad de sus conceptos, basta citar la dura crítica escrita por él contra sí mismo con motivo de su participación en el célebre movimiento rebelde que tuvo su final en la Acordada.

“El historiador imparcial, escribe Zavala en su “Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830,” no puede aprobar la conducta de D. Lorenzo de Zavala<sup>2</sup> en haber evitado por la fuga el juicio a que quedó sujeto por el fallo del Senado, cualquiera que haya sido el pretexto que cubriese esta acción. En realidad Zavala no era culpable del delito que se le imputaba; pero sus conexiones íntimas con los revolucionarios de México, su amistad con el General Guerrero, las cuestiones que había tenido con el mismo Pedraza, y sus opiniones manifestadas anteriormente, lo debían hacer sumamente sospechoso al partido vencedor. De su casa había salido D. José Antonio Mejía para ir a unirse al General

<sup>1</sup> Mora. México y sus revoluciones.

<sup>2</sup> Siempre acostumbra en sus escritos hablar de sí mismo, en la forma que aquí lo hace.

Santa-Anna en Perote. Mejía había distribuído igualmente en su casa algunas proclamas incendiarias: D. Manuel Reyes Veramendi le participó su proyecto de ir a ponerse a la cabeza de los facciosos en Monte-Alto; D. Loreto Cataño no le ocultó sus intenciones de moverse en Chalco contra el gobierno de Pedraza; D. Manuel Ordiera le comunicó su proyecto de levantar la gente de Cuautla; todo esto lo sabía Zavala, y siendo el Gobernador del Estado de México, en donde habían de hacerse estos movimientos, es evidente que era cómplice en ellos no ahogándolos en su cuna. Este era su principal deber. Pero Zavala era hechura del partido que obraba de este modo, como Pedraza lo era del otro. No podía desprenderse de esos tristes y funestos compromisos en que implican los partidos; y su repugnancia a obrar abiertamente contra las leyes fué la principal causa del odio de muchos de sus partidarios. Cuando Pedraza lo invitó a la conferencia de que he hablado por medio de cartas dirigidas a D. Ignacio Inclán y a D. Ignacio Martínez, ambos íntimos partidarios de este General, creyó Zavala encontrar el arbitrio de evadirse de sus compromisos y hacer variar las circunstancias de las cosas conciliando a los dos contendientes Guerrero y Pedraza. Pero esto era imposible porque ambos aspiraban a un mismo puesto.”

Ahora bien, este hombre honrado, que convertido en reo y juez, no vacila en condenarse al dar cuenta de cómo se efectuaron los últimos sucesos de aquellos días, añade:

“El Presidente Victoria mandó entonces suspender las hostilidades e izar bandera parlamentaria para que cesasen los estragos en la capital. El ataque no podía suspenderse en los diferentes puntos, y en medio del combate se dirigió a la Ciudadela, en donde entró en conferencias con D. Lorenzo de Zavala, representante entonces de esta funesta revolución. ¿Qué podía en aquellas circunstancias decir Zavala de racional, para